



EL MUSEO UNIVERSAL.

MURICA

CAPIZ

NUM. 19.

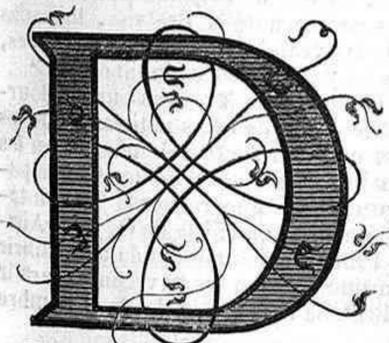
PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 8 DE MAYO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



ios sea con nosotros al comenzar esta revista y aparte de ella los malos pensamientos: amen. Rezada esta oracion, que aunque parezca inoportuna no lo es, comencemos.

El Dos de Mayo ó mejor dicho la celebracion del aniversario de aquel día; el banquete de los Campos Eliseos celebrado el 3; la traslacion de las cenizas de Muñoz Torrero verificada el 5, han sido los grandes acontecimientos de la semana última y los que han dado pábulo á todas las conversaciones, materia á ininidad de escritos, tema á multitud de discusiones.

Un hermoso día de primavera de aquellos que son raros en Madrid, favoreció la procesion del Dos de Mayo, mas brillante, solemne y concurrida este año que en ninguno de los anteriores. Como en el año pasado habia habido sus dares y tomares sobre el caso, el gobierno actual quiso no dar pretexto alguno á dimes y diretes, y mandó con mucho acierto y cordura que asistiesen á la procesion las corporaciones oficiales que de él dependen. Las demás corporaciones que no dependen del gobierno habian sido invitadas por el ayuntamiento y estuvieron ámpliamente representadas: la prensa quiso tambien estarlo; y como acababan de llegar á Madrid gran número de progresistas de provincia para asistir al banquete á que estaban convidados para el día 3, aprovecharon la ocasion de manifestar sus sentimientos patrióticos y de tributar un homenaje á los mártires de la independendencia uniéndose á la procesion. Hemos dicho que el día estaba magnífico: todo el resto de Madrid se hallaba en las calles del tránsito y en el salon del Prado, donde desde por la mañana se decian misas de-

lante del monumento. De manera que podemos afirmar que 300,000 almas han conmemorado á la vez el aniversario 56.º de aquel terrible y glorioso día. Algunos que recuerdan la procesion del año 14 dicen que desde aquella fecha no se ha visto ninguna mas solemne que la de 1864: de donde se deduce que hemos tardado medio siglo para hacer las cosas bien. De esperar es que en adelante vayamos de bien en mejor, y ojala podamos celebrar el aniversario 300 del Dos de Mayo de una manera tan brillante que sea la admiracion de los siglos. Nosotros nos alegraremos mucho de poder dar cuenta como testigos presenciales de este magnífico espectáculo á los actuales lectores de El Museo, á quienes pensamos unir á nuestra longevidad con la mira de no separarnos de ellos nunca.

Al banquete de los Campos Eliseos concurrieron mas de 2,500 personas. Era un obsequio que los progresistas de Madrid hacian á las juntas electorales é individuos de su partido en las provincias. La facilidad de las comunicaciones hace que á estos banquetes pueda asistir una numerosísima concurrencia; y si hubiera podido prepararse un local mayor para este *meeting* monstruo, es indudable que habria podido rivalizar con los que nos muestra de cuando en cuando la Inglaterra. Los periódicos bien informados traen la lista de los platos que se sirvieron en el almuerzo: pero no creemos que nuestros lectores deseen conocer al pormenor esta particularidad culinaria. Baste saber que entre los manjares descolaban el salmon y el pavo con trufas, y entre las bebidas el Jerez y el Champana. Allí no se podia decir con Zorrilla,

Si acaso sin fuerzas el frio os mantiene
Jerez y Champana calor os darán;

porque lejos de hacer frio el día 3 en el recinto de los Campos Eliseos, hubo hombre que sudó como suele decirse la gota tan gorda. Los brindis, segun consta de los periódicos que los han publicado, y segun consta aun mejor de la impresion que produjeron en los oyentes y en los que tuvieron noticia de ellos, estuvieron animadimos. Seria larga tarea dar cuenta de todos; pero no debemos pasar en silencio, por los comentarios á que ha dado lugar, el pronunciado por el general Prim que aplazó para dentro de dos años y un día la entrada del partido progresista en el poder. Esto nos recuerda la profecía de las cuarenta y nueve semanas de Daniel. Este profeta vaticinó la venida del Mesías al cabo de cuarenta

y nueve semanas, lo cual puso á los judíos de su tiempo tan contentos como puede ponerse un esclavo á quien le anuncian la próxima libertad. Pasaron las cuarenta y nueve semanas y otras cuarenta y nueve mas, y el Mesías no venia; y sin embargo Daniel habia vaticinado con exactitud, porque se habia referido á semanas de años, y el Mesías vino 343 años despues, que hacen justas las cuarenta y nueve semanas. Un consuelo puede quedar á los progresistas, y es que el general Prim no es un profeta como Daniel. Pero sea de esto lo que quiera, nosotros, que deseamos complacer á los lectores de El Museo, enviamos un dibujante al banquete para sacar una vista de sus bellas disposiciones. Las dificultades inherentes al grabado de una vineta de esta importancia, nos han impedido darla en el presente número; pero la daremos sin falta en el próximo. Probablemente en el mismo número próximo, y si no en el inmediato, daremos tambien la vista del entierro de don Diego Muñoz Torrero.

Las cenizas de Muñoz Torrero llegaron á Madrid el domingo último y fueron depositadas en San Isidro. El jueves á las tres de la tarde se verificó la ceremonia de la traslacion al cementerio de San Nicolás en medio de una inmensa concurrencia de todos los partidos liberales. La procesion tenia algo de imponente; y varios periódicos han comenzado á murmurar entre dientes no sabemos qué oraciones; pero hasta ahora el gobierno ha tenido el buen gusto de no alarmarse y permitir estas expansiones del sentimiento público, haciendo de este modo mas en favor de la tranquilidad, que si se hubiera lanzado en la senda de la represion á que algunos quisieran empujarlo.

Todas estas grandes reuniones, lejos de ser dañosas para el orden ni menos para la buena gobernacion del Estado, son á uno y otra altamente útiles, porque educan á los pueblos para la vida pública, les hacen tomar interés en los acontecimientos que les afectan mas ó menos directamente, y contribuyen asi á que los gobiernos, que toman su fuerza en la opinion, encuentren un poderoso apoyo en días de crisis y en momentos supremos. ¿Qué no puede hacer un gobierno cuando tiene detrás de sí el entusiasmo y la noble actividad de un pueblo? Por el contrario, ¿qué puede hacer, por mas elevadas y mejores que sean sus miras, si manda en un pueblo indiferente é inerte? De un pueblo vigoroso y que da señales de su vigor, hay mucho que esperar: de un pueblo apático é indolente que se contenta con la

obediencia pasiva y no se interesa en los asuntos públicos, no hay que esperar nada. Los gobiernos en el primero duran y se sostienen largo tiempo: en el segundo son efímeros y transitorios.

El ilustrado y activo ministro de la Gobernación ha presentado á las Cortes á fines de la semana última el proyecto de erección de un teatro nacional en el local de las Vallecas. En este proyecto se han tratado de conciliar los principios de libertad, que deben dominar en estas materias como en otras, con la protección que el gobierno quiere conceder á las artes. La construcción del teatro en aquel local se sacará á subasta; y el edificio se levantará con condiciones que aseguren el fin que el gobierno y el público inteligente se han propuesto. Como complemento de este proyecto desearíamos que el gobierno, que tiene bajo su dirección un Conservatorio de declamación y música, intentara en él algunas reformas para que la enseñanza diera mejores resultados de los que está dando. ¿De qué servirá en efecto que tengamos un edificio monumental para teatro español, si no tenemos una escogida compañía de actores que pueda, digámoslo así, servir de modelo? Hoy contamos con algunos actores y actrices de sobresaliente mérito; mas por desgracia no es posible con todos ellos formar una compañía para un teatro. Esto prescindiendo de que algunos de los más eminentes, ó cansados de la escena ó enfermos, sufren como ciertos astros frecuentes eclipses que nosotros no podemos menos de deplorar.

En el teatro del Príncipe se ha representado la comedia *Intrigas de tocador*, arreglo del señor Pinedo, que ha tenido un éxito muy satisfactorio y está dando buenas entradas á la empresa, no obstante que el calor de la estación aleja al público de los teatros, cerrados para lanzarle en masa á los circos abiertos.

El de Price se ha inaugurado de un modo brillante. La compañía de artistas que ha traído este año, es inmejorable, y los leoncitos, aunque aun no los hemos visto, sabemos que son unos diges monísimos, que al verles hacer sus habilidades, dan ganas de acariciarlos y darles bizcochos.

Mademoiselle Benita salió de Madrid muy satisfecha de la acogida que ha recibido del público. Verdad es que éste hizo justicia á su mérito en cuantas ocasiones ha ejercido delante de él sus portentosas habilidades. En la última noche hubo una escena de tambor mágico que agradó muchísimo.

Nada nuevo en la Zarzuela ni en el Circo de la Plaza del Rey.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

IDEAS DE LOS ANTIGUOS

ACERCA DE LA EXISTENCIA DE TIERRAS TRASATLÁNTICAS.

La opinión de que existían otras tierras más allá del Océano Atlántico, ha sido muy común entre los sabios de la antigüedad. Esta opinión, consignada en las obras de diferentes autores, es tanto más digna de notarse, cuanto que á veces las indicaciones hechas con respecto de estas tierras podrían aplicarse muy bien á la América, lo cual ha sido causa de que se haya creído por algunos que los antiguos tenían un conocimiento vago de los países que más tarde había de descubrir Colón. Sería temerario en efecto afirmar este conocimiento de los antiguos; mas sin embargo, examinando con imparcialidad los escritos que nos han dejado, y confrontándolos con las tradiciones de los indígenas del Nuevo-Mundo, se encuentra en ellos una apariencia de probabilidad tal, que si no permite que se afirme, impide por lo menos que se niegue completamente. Estas consideraciones fueron tal vez las que hicieron decir al ilustre Humboldt, que los mitos de los pueblos mezclados á la historia y á la geografía, no pertenecen del todo al dominio ideal.

La gran tierra situada hacia el Noroeste, indicada como Meropis en los fragmentos de Theopompo, y como continente Croniano en dos pasajes de Plutarco, pertenece á una serie de mitos que remonta á una alta antigüedad en la esfera de las opiniones helénicas, como todo lo que se refiere á Sileno, adivino y personaje cosmogónico, ó al imperio de los Titanes y de Saturno, que se ha ido alejando progresivamente hacia el Oeste y el Noroeste. El mito de la Atlantida y de un gran continente occidental, cualquiera que sea su origen, data por lo menos del siglo VI antes de nuestra era. La hipótesis de que la tierra era esférica, salió de la escuela de los pitagóricos, y llegó á esparcirse de tal manera, que en todo tratado de esfera ó de cosmografía se hablaba de la probabilidad de la existencia de otras tierras, cuyo clima sería igual al nuestro bajo los mismos paralelos en estaciones opuestas. Los que no habían visto como Polybio y Erathostenes, que la elevación de las tierras, la disminución de velocidad en el curso aparente del sol al aproximarse á los trópicos, y el alejamiento de los dos pasos del sol por el zenit del lugar, hacían en la zona equinoccial menos ardiente al ecuador mismo que á las regiones más próximas á los trópicos, aquellos,

pues, suponían que una corriente equinoccial sumergía esta parte de la superficie de nuestro globo, que estando abrasada por el sol no les parecía habitable. Cleantho el estóico, y Crates el gramático, fueron principalmente los que esparcieron esta opinión, refutada por Geminius, pero que reapareció con toda su fuerza á principios del siglo V en la teoría de las impulsiones oceánicas que Macrobio espuso como una teoría del flujo y del reflujo del mar. Mas allá de este brazo del Océano equinoccial que atraviesa la zona tórrida, mas allá de nuestra masa de tierras continentales que se hallan extendidas y como aisladas en una parte del hemisferio boreal, se suponía que había otras masas de tierras en las que se repetían los mismos fenómenos climáticos que observamos entre nosotros. No juzgaban probable que la gran porción de la superficie del globo que no estaba ocupada por nuestras tierras habitadas, estuviese únicamente cubierta de agua.

Dominados por estas ideas, creyeron que existían grupos aislados de continentes en el hemisferio opuesto al nuestro, los cuales fueron indicados por Aristóteles y por su escuela; de aquí provino la opinión de los doctores etíopes de Crates, del otro mundo de Strabon, del *alter orbis* de Mela, las dos zonas (*cinguli*) habitables de Ciceron, y finalmente la *terra quadrifida* de Macrobio. En el sistema pitagórico de Philolaus, según el cual, el sol no era más que un inmenso reverbero que recibía la luz de un cuerpo central (Hestia), la tierra y el *antichthon* de Hicetas de Siracusa se movían paralelamente en su órbita común, pero este antichthon no era más que el hemisferio opuesto al nuestro, que los geógrafos poblaban á su gusto.

Sin embargo, después de la hipótesis del disco de la tierra nadando sobre el agua, dió lugar á la opinión de que la tierra era esférica, opinión propia de los pitagóricos como Parmenides de Elea, y manifestada y defendida por Aristóteles, no se necesitaba un grande esfuerzo de capacidad para entrever la posibilidad de la navegación de Europa y del Africa á las partes occidentales del Asia. Esta posibilidad se encuentra indicada en efecto en el Tratado del cielo, del Estagirita, y en dos pasajes célebres de Strabon. Uno y otro hablan de un solo mar que baña costas opuestas. Aristóteles considera como muy probable que además de la grande isla formada por la Europa, el Asia y el Africa, haya otras más ó menos grandes en el hemisferio opuesto, y Strabon dice que en la misma zona templada que habitamos, y principalmente cerca del paralelo que pasa por Thinae y atraviesa el mar Atlántico, puede haber dos tierras habitables y acaso más de dos. Esto podría considerarse como una idea de la América y de las islas del mar del Sur.

El geógrafo de Amasia creía que era muy probable que existiera una ó más tierras en el Océano Atlántico al Este de Thinae. Aristóteles hace la descripción de una región trasatlántica situada en el lado opuesto á las columnas de Hércules, fértil, abundante en aguas y cubierta de bosques, y atribuye su descubrimiento á los cartagineses. Diodoro de Sicilia la cree descubierta por los fenicios, y añade que esta tierra está embellecida por montañas, y que el aire es allí de una dulzura siempre igual. Diodoro, sin embargo, tiene cuidado de no confundir esta tierra deliciosa con el Elyseo de Homero, con las islas Afortunadas de Píndaro, ni con el sitio del Jardín de las Hespérides, el *Hesperitis* continental. Los fenicios, impelidos por las tempestades, habían descubierto esta isla cuando empezaron á fundar colonias más allá de Gades. La dirección de la navegación era la de la Libia hacia el Poniente, aunque el Pseudo-Aristóteles no lo dice. Los tyrenos habían tratado de enviar allí colonias luego que adquirieron el dominio del mar, pero los cartagineses se lo impidieron, porque esperaban que si algún día era destruida su ciudad, siendo dueños aun del Océano podrían encontrar un asilo en esta isla desconocida de los vencedores. Sertorio confiaba también que encontraría este asilo cuando en la embocadura del Betis vió llegar un navío que volvía de dos islas atlánticas, que se suponía á 10,000 estadios de distancia.

En la obra de Plutarco titulada «Tratado de las manchas en la órbita lunar,» se encuentra un pasaje en el cual el geógrafo Ortelius en el siglo XVI creía reconocer, no las islas Antillas, sino todo el continente americano. El texto de esta obra está muy alterado, pero se halla lleno de consideraciones de física y de cosmología muy notables, y en parte también muy justas. El mito conservado en este tratado abraza todo el Occidente, mas allá de las columnas de Hércules, llamadas en otro tiempo columnas de Briareo ó de Cronos, es decir, de Saturno, y pertenece á la geografía mítica de los tiempos más remotos; pero el examinar en él lo que se debía á descubrimientos reales favorecidos por las corrientes y por los vientos, y separarlo de las ficciones de los navegantes fenicios, sería una tarea que nos llevaría demasiado lejos; únicamente diremos para hacer comprender la posición de este gran continente, que la isla de Ogygia estaba á una distancia de cinco días de navegación al Oeste de Britannia. Humboldt, de quien hemos tomado parte de lo que antecede, emplea con intención la palabra Britannia, porque en un pasaje de Procopio que se ha confrontado recientemente con el de Plutarco, se menciona á Brittia, isla situada entre Britannia y Thule. A otros tres días de distancia, pero há-

cia el poniente del sol en el estío, es decir, al Oeste-Noroeste contando desde la Europa, «se encuentran otras tres islas, en una de las cuales, según los bárbaros (tal es la glosa del texto según la tenemos), Júpiter tiene preso á Saturno. El gran continente ó tierra firme que parece rodear al gran mar por todas partes, se halla á unos 5,000 estadios de distancia de Ogygia, aunque más próximo á las otras tres islas. Una multitud de ríos que salen de la tierra firme, echan allí sus aguas. Las orillas del continente á lo largo del mar están habitadas cerca de un vasto golfo que no es menor que el Palus Meotides.» Hay que advertir aquí que todo lo que el narrador Scylla cuenta á Lamprias, lo sabe por boca de un extranjero, que ha ido de este país de Saturno á Cartago, según está indicado positivamente en el diálogo sobre la luna. Scylla empieza su relación con este verso de Homero: «A lo lejos en el Océano está situada una isla de Ogygia.» La posición de las demás islas de Saturno y la del gran continente las refiere á la de esta. El trayecto por el Océano Croniano ó de Saturno, es lento en razón á los aluviones de los ríos que salen del gran continente y hacen que el mar sea fangoso y espeso. Es un modo de explicar por la proximidad del gran continente, el *mare concretum*, *cænopus pigrum* de los autores romanos, y de atribuir á depósitos de terrenos movedizos lo que otros en las regiones boreales atribuyen á los hielos ó en los mares meridionales á la alga marina, es decir, á los bancos flotantes de *fucus*. El gran continente de Plutarco se prolonga hacia el Norte; en este golfo tan vasto como el Palus Meotides, se creería ver una alusión directa á la bahía de Hudson. Es e golfo, dice, está habitado por pueblos de origen griego, los cuales son de opinión de «que su país es un continente, pero que nuestra tierra (es decir, la Europa, el Asia y la Libia), no es más que una isla cercada por el Océano.»

El mismo rasgo se encuentra exactamente en el mito geográfico de la Meropis de Theopompo. En él Sileno revela á los frigios que los meropes habitan un *gran continente lejano*, mientras que nuestra tierra no es más que una isla muy pequeña. Ciceron usa las mismas palabras: «porque toda la tierra que habitais es una isla pequeña.» Este continente, dice Plutarco, fue visitado por Hércules en una expedición hacia el Oeste y el Norte, y los compañeros de este héroe «purificaron allí la nación griega que comenzaba á bastardearse y á perder su lengua y sus costumbres por el comercio con los bárbaros.» Después de Saturno, Hércules era la divinidad más venerada allí. Este mito podría compararse con alguna de las tradiciones de los indígenas de América, con las cuales tiene cierta semejanza.

Humboldt cree que el mito de la isla de Ogygia, en donde Saturno dormía en una caverna profunda, porque Júpiter le daba el sueño por cadenas, no es en su conjunto una mera diversión del espíritu, ni una novela filosófica inventada aisladamente por la imaginación de Plutarco, sino que pertenece á un círculo de ideas muy antiguas, á tradiciones si se quiere, á un sistema de opiniones del que nos han llegado algunos otros fragmentos, tales como la Meropis de Theopompo y el pasaje de Plutarco en el diálogo de «De defectu oraculorum.» Este último ofrece una descripción pintoresca de ciertas islas sagradas de cerca de la Bretaña, llamadas de los Demonios y de las grandes almas de los héroes, morada de tempestades y de meteoros luminosos.

Es una cosa muy notable, dice Mr. Brasseur de Bourbourg, á quien se debe parte de estas noticias, que los mejicanos hayan colocado su Mictlan ó infierno en las regiones septentrionales, y que en el Códice Chimalpoca se encuentre un pasaje que recuerda involuntariamente el sueño de Saturno en la isla de Ogygia. Añadamos también que Plinio mismo nos ayuda á descubrir el Mictlan en la ruta que seguían los navegantes para ir desde las costas de Bretaña á Thule, y le da el nombre de Mictim.

El otro mundo el gran continente, le encontramos aun en el mito de la Meropis de Theopompo. Según este autor, elogiado por Dionisio de Halicarnaso y maltratado por Strabon, la tierra de los meropes está más allá del Océano. Los meropes de Sileno están persuadidos también de que su país solo es un continente mientras que nosotros no habitamos más que una isla de poca extensión.

Aristóteles también, al hablar de la isla trasatlántica, cuyo descubrimiento atribuye á los cartagineses, dice: «como los cartagineses iban con frecuencia y un gran número de ellos se había establecido allí, el magistrado de Cartago prohibió bajo pena de muerte el volver á esta isla, y mandó exterminar á sus habitantes para impedirlos que extendieran su conocimiento por temor de que esta multitud se ligara contra la madre patria y redujera esta isla á su obediencia en detrimento de la prosperidad cartaginesa.»

No entraremos en más detalles acerca de las ideas y noticias que tenían los antiguos de la existencia de países trasatlánticos, porque nos llevarían demasiado lejos. Sin embargo, sería un estudio curioso el comparar los mitos que nos ha dejado la antigüedad acerca de esta materia, con las tradiciones existentes en la América relativamente á su contacto con pueblos que según estas tradiciones debían haber ido de Europa; la semejanza que se encuentra á veces en ambas partes, parece de-

masiado grande para ser solo efecto de la casualidad; pero seria demasiado atrevimiento el tratar de decidir esta cuestion, de la que tal vez nos ocuparemos otro dia. En el artículo presente no hemos hecho mas que consignar las relaciones principales que nos ha dejado la antigüedad; añadiendo algunas observaciones de Humboldt, de Brasseur de Bourbourg y de otros que se han ocupado de esto.

A.

APUNTES ACERCA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION EN ESPAÑA.

El desarrollo de los grandes elementos de comunicacion es, no solo conveniente para el comercio, para la agricultura y para todas las demás industrias, sino tambien absolutamente imprescindible para la prosperidad general de un pais. En la situacion en que dichos elementos se encuentran, se refleja bien claramente la ida de un pueblo. Si retrocede ó se estaciona en su primitivo estado, manifiesta su decadencia y abandono. Si se agita y mueve por adquirirse medios útiles de comunicarse y obras de interés general, presenta, no solo un laudable deseo de querer adelantar, sino tambien, y en punto muy elevado, y que le da honra, gloria y provecho, el grado de civilizacion en que se halla.

España, postrada muchos años en el abandono, en la desidia y en la indolencia: sumergida, por motivos ajenos á su voluntad, en la terrible oscuridad en que los tiempos, con sus guerras intestinas, crueles, asoladoras, la cubrieron de tinieblas, resucita hoy; y queriendo volver por su antiguo rango, y por el alto renombre que en otras épocas tuvo, da señales de vida, enarbolando una poderosa bandera, cuyos lemas son *camino, carreteras, ferrocarriles, telégrafos*, y todo aquello que sea de interés comun, que sirva al bien general, al engrandecimiento y prosperidad de sus habitantes.

Adormecido por espacio de largo tiempo á causa de la calenturienta fiebre que abatiera su valor y su energía, el leon español sacude nuevamente su melena, y fijándose, al despertar de su letargo, en la ignorancia en que yacia, da el grito de *¡adelante!* y no parar hasta volver á ser lo que antes fuimos: y no descansar hasta que veamos que las chispas eléctricas y el humo de las locomotoras y los caminos llanos y espaciosos, se crucen y confundan los unos con los otros. Razon tiene, y tiempo era ya de que asi se hiciera.

Sin embargo, mucho queda aun por hacer, y mucho hay todavía que conseguir si hemos de colocarnos al nivel de otros Estados de Europa que, como Bélgica, son mas pequeños que la península española, y no tienen ni con mucho los grandes elementos con que cuenta y de los que siempre puede disponer. No basta con que los habitantes de un pueblo cualquiera se presten gustosos y voluntarios al desenvolvimiento de esos grandes proyectos que son el verdadero germen de la riqueza; no basta que intenten y procuren el desarrollo de sus intereses materiales, fuente inagotable de oro, manantial de plata, luego que conseguido lo tienen; no basta solo esto, repetimos; es preciso tambien que ese pais tenga gobiernos sabios y administradores celosos, para que tanto los unos como los otros secunden y ayuden á sus administrados en sus intentos y propósitos, concediéndoles justa é imparcialmente el apoyo que necesitan y las garantías que en cada caso les concedan las leyes.

Ahora bien, y puesto que nuestro primero y mas principal objeto es demostrar ó por lo menos manifestar el estado en que se encuentran y la importancia y utilidad grande que reportan las obras de interés general y el desarrollo de los medios de comunicacion, haremos uso del lenguaje de los guarismos, mas difícil de equivocarse que el de las palabras, y cuya fuerza de razon será tambien mas poderosa.

Segun datos estadísticos que acaban de ver la luz, el estado de las obras públicas y vias de comunicacion en España, es el siguiente:

Número de kilómetros.	De 1.º	De 2.º	De 3.º
Concluidos.	9.097'40	4.550'39	629'46
En construccion.	1.718'03	945'19	310'58
En proyecto aprobado.	73'41	301'74	216'41
En estudio.	1.788'66	2.836'48	1.505'14
Sin estudiar.	673'40	4.333'12	7.100'51
Total.	13.352'90	9.956'92	9.961'50

PORTAZGOS Y PONTAZGOS.

	Número.	Producto liquido. Reales.
En 1860.	216	12.800,464
1859.	193	12.595,494
Diferencia.	23	204,970

Las provincias que en el año de 1860 tenian en carreteras de primer orden mayor número de kilómetros, eran las de Cuenca, Leon y Lugo, que pasaban de 500, y las de menor número eran las de Gerona, Lérida y Logroño, que no pasaban de 100. En las de segundo orden figuran con mas Huesca, Lérida y Zaragoza: y con menos Leon, Oviedo y Santander. Y en las de tercer orden aparecen en primer término Canarias, Coruña y Oviedo; y en último Cuenca, Soria y Zamora.

Respecto á los portazgos y pontazgos, se hicieron, segun se ve, por los anteriores datos, hasta el número de 23 mas en 1860 sobre los que existian del año anterior: resultando tambien un producto liquido de 204,970 reales. Este hecho prueba que, aunque muy paulatinamente, algo se adelanta en esta clase de obras, que como todas en que los gastos son reproductivos, se conceptúan y son en realidad convenientes y hasta necesarias; aparte de que reportan al viajero y transeunte grande utilidad por el fácil y cómodo traslado de unos puntos á otros, asi como un medio seguro de evitar los peligros de los rios y arroyos.

FERRO-CARRILES.

CONCESIONES Y LONGITUD ABIERTA Á LA ESPLOTACION DESDE 1847 HASTA FIN DE 1861.

Años.	Longitud concedida.	Relacion con la estension superficial de la península.	Longitud abierta á la explotación	Relacion con la estension superficial de la península.
1847	67'542	1 por 7.506'975	"	"
1848	67'542	— 7.506'975	29'000	1 por 17.484'000
1849	67'542	— 7.506'975	29'000	— 17.484'000
1850	184'478	— 2.748'490	29'000	— 17.484'000
1851	556'801	— 1.505'446	77'540	— 6.555'954
1852	914'657	— 554'557	102'580	— 4.941'860
1855	1.044'727	— 485'528	218'567	— 2.521'669
1854	1.044'727	— 485'528	555'921	— 1.5'8'451
1855	1.402'601	— 361'196	477'856	— 1.061'061
1856	2.700'694	— 187'742	525'226	— 965'567
1857	5.165'185	— 157'151	675'108	— 755'275
1858	5.259'502	— 155'455	855'386	— 594'006
1859	4.445'951	— 122'272	1.148'920	— 441'515
1860	4.460'148	— 115'681	1.915'849	— 264'655
1861	5.564'619	— 94'514	2.569'145	— 214'016

GASTOS Y PRODUCTOS, SEGUN DATOS SUMINISTRADOS POR LAS MISMAS EMPRESAS.

Años.	Gastos. Reales vellon.	Productos. Reales vellon.	Diferencia. Reales vellon.
1859	48.869,703	82.569,680	33.699,977
1860	76.580,930	131.337,300	54.756,370

Debemos advertir además, que el número de kilómetros abiertos á la explotación en fin de 1861, segun las modificaciones aprobadas, es de 3 005'790: resultando por consiguiente 636'645 mas que los que aparecen de los primitivos proyectos.

Los datos que anteceden nos manifiestan con claridad el movimiento y adelantos que han tenido los ferro-carriles, durante los 15 años que se mencionan; aunque bien puede decirse que hasta el año 1848, sin embargo de que en el anterior ya habia hechas concesiones, no se oyó en España el silbido de la locomotora. Por los mismos se ve que la explotación quedó paralizada por espacio de tres años en el corto número de kilómetros de 29'000, hasta que en 1854 empezó el movimiento progresivo de adelanto, el cual continuó con mas ó menos rapidez en los diez años siguientes.

Si para apreciar este desarrollo tomamos como punto de partida el en que se encontraban los ferro-carriles en nuestra tierra por los años 1847 ó 48, comparado con el que tienen ya en 1861, no hay duda de que mucho, muchísimo hemos adelantado en este ramo que tan alto habla en favor de los pueblos civilizados. Pero si fijamos nuestra atencion, no precisamente en lo que todavía puede hacerse, si no únicamente en la comparacion de lo concedido con lo explotado, resultará que aun asi puede tomar un incremento mas que doble del que se presenta en los últimos años apuntados anteriormente.

La notable importancia y utilidad grande de los ferro-carriles están reconocidas por todo el mundo, por lo cual creemos que es innecesario encarecerlas de nuevo.

Solo, pues, llamaremos la atencion del lector hácia el resultado que arrojan las cifras de los gastos, comparados con los productos, en los años 1859 y 60. La diferencia notable que hay de los segundos sobre los primeros, dice mas que todas las palabras que en su apoyo pudieran emplearse.

TELÉGRAFOS.

DESARROLLO DE LAS LÍNEAS TELEGRÁFICAS ESPAÑOLAS.

Kilómetros en fin del año 1861.	7,812'344 rs. vn.
Número de despachos en idem.	993,289
Productos obtenidos en idem.	4.147,299'04

Como se ve por los anteriores datos, el desarrollo de las líneas telegráficas en nuestro pais es grande, y mas aun en proporcion con el de los ferro-carriles; lo cual no debe estrañarnos; tanto porque el costo de estos es mucho mayor que el de aquellas, cuanto porque, debido sin duda á la misma causa, la chispa eléctrica lo mismo

pasa por encima de las vias férreas, por las carreteras y caminos vecinales, que por lo mas alto de las montañas; mientras que la locomotora solo camina hoy por terrenos allanados.

En resumen, el estado de las obras públicas que, como medio de comunicacion, existen en España, no es tan satisfactorio como se deseara, ni tan halagüeño que pueda revelar una nueva época de verdadero y grande progreso, porque aun existen muchas provincias que desconocen por completo sus benéficos y útiles resultados: pero tampoco indica atraso ni abandono, pues que algo hay ya hecho, y sabido es que por algo se principia. Además, desde los años á que se refieren las noticias que nos han servido de antecedentes para estos apuntes, hasta hoy, se ha notado y se nota grande agitacion en las empresas, lo cual hace creer que van tomando incremento, y que se desarrollan mas y mas cada dia.

JOSÉ MARÍA PULGARIN.

UNA VISITA AL SERRALLO EN 1860,

FOR MME. X...

(CONTINUACION.)

Achmet II murió algunas horas despues de haber hecho esta especie de testamento, y sus últimas voluntades fueron fielmente ejecutadas. El sultan difunto dejó seis hijos varones: el primogénito Osman, que conservó el título de chazadeh, Mohamed, que solo tenia ocho dias menos de edad que el presunto heredero, Murad é Ibrahim, que Kirsem habia dado á luz, y otros dos príncipes pequeños, nacidos de oscuras favoritas. Estas débiles ramas del tronco imperial hubieran indudablemente perecido, si Kirsem no hubiese tenido la habilidad de hacer que Mustafá sustituyese al heredero directo de la casa otomana. El nuevo emperador tenia apenas veinte y cinco años, pero era casi idiota. Su larga cautividad le habia quitado el vigor del alma y la salud del cuerpo. Aunque en la serie de retratos de que he hablado estaba representado con los cabellos negros, los labios rojos y la mirada terrible, tenia en realidad la barba rubia, los ojos lánguidos y una fisonomia muy apacible. Sus ideas no eran siempre claras; no se divertia mas que con sus enanos y sus bufones; un dia, queriendo recompensar á los bastandjis que cuidaban el jardin por el cual le gustaba pasearse, les hizo echar por las ventanas de su habitacion puñados de oro y de joyas. Pronto se mostró indiferente á todo lo que le rodeaba, y la poblacion del Serrallo llegó á no tener ningun respeto á su persona. Por otra parte el pueblo murmuraba, diciendo que el sultan no presentaba buena figura á caballo, y que tenia siempre los ojos levantados al cielo como un santón. El kishar-aga, que no gozaba de crédito mas que entre las mujeres, viéndose sin funciones y sin autoridad bajo un amo tan exento de pasiones, se coligó con el *cheik-ul-islam* y algunos otros elevados personajes para destronar á Mustafá. El gran visir y los agás de los genizaros entraron en la conspiracion, y el *cheik-ul-islam* (jefe de la religion), espidió un *feva* en el que declaraba que los buenos musulmanes debian negar la obediencia á un sultan insensato. Un dia el sultan Mustafá, al volver de un paseo por el Bósforo, entró como de ordinario en el departamento de las mujeres para hacer su visita á la valideh. El kishar-aga hizo al instante cerrar las puertas detrás de él, y se llevó las llaves; una tropa adicta guardó el paso por el cual se comunicaba con las demás partes del Serrallo. Los conjurados se reunieron luego, y sin perder un momento pasaron al departamento de los jóvenes príncipes, hijos del sultan Achmet. El gran visir Ali-bajá tomó el chazadeh de la mano y le condujo á la sala del consejo, donde fue inmediatamente proclamado emperador. Todo el mundo exclamó: «¡Larga vida al sultan Osman! ¡Mil años de reinado al padischá!» Entre tanto, Mustafá se hallaba aun con la valideh; ni uno ni otro habian oido grito alguno, y cuando el sultan destronado quiso salir, quedó asombrado al ver que las puertas estaban cerradas, y mandó con cólera que se las abriesen. El kishar-aga apareció entonces, y le dió cuenta de lo que acababa de pasar. Al mismo tiempo le invitó friamente á trasladarse al cafe que habia ya habitado. Mustafá se puso furioso; contra toda prevision comprendia su destronamiento, y manifestaba una energía de que parecia incapaz. Pero el kishar-aga no era hombre que se dejase intimidar por sus gritos y su resistencia. Dueño absoluto en el departamento de las mujeres, mandó á los eunucos que encerrasen á Mustafá en algun paraje del cual no pudiese escaparse, y como la valideh exhortaba á su hijo á la defensa, la hizo conducir al Serrallo viejo con algunas antiguas odaliscas confidentes suyas. El sultan destronado tuvo por prision una torrecilla, cuya única puerta se abria al harem. Su mansion no recibia mas que un poco de luz por una estrecha ventana sólidamente enrejada, y él se quedó sin mas compañía que dos antiguos esclavos y un viejo eunuco negro.

El monarca adolescente se dejó en un principio gobernar por los que le habian colocado en el trono; pero antes de haber cumplido quince años se echó de ver que

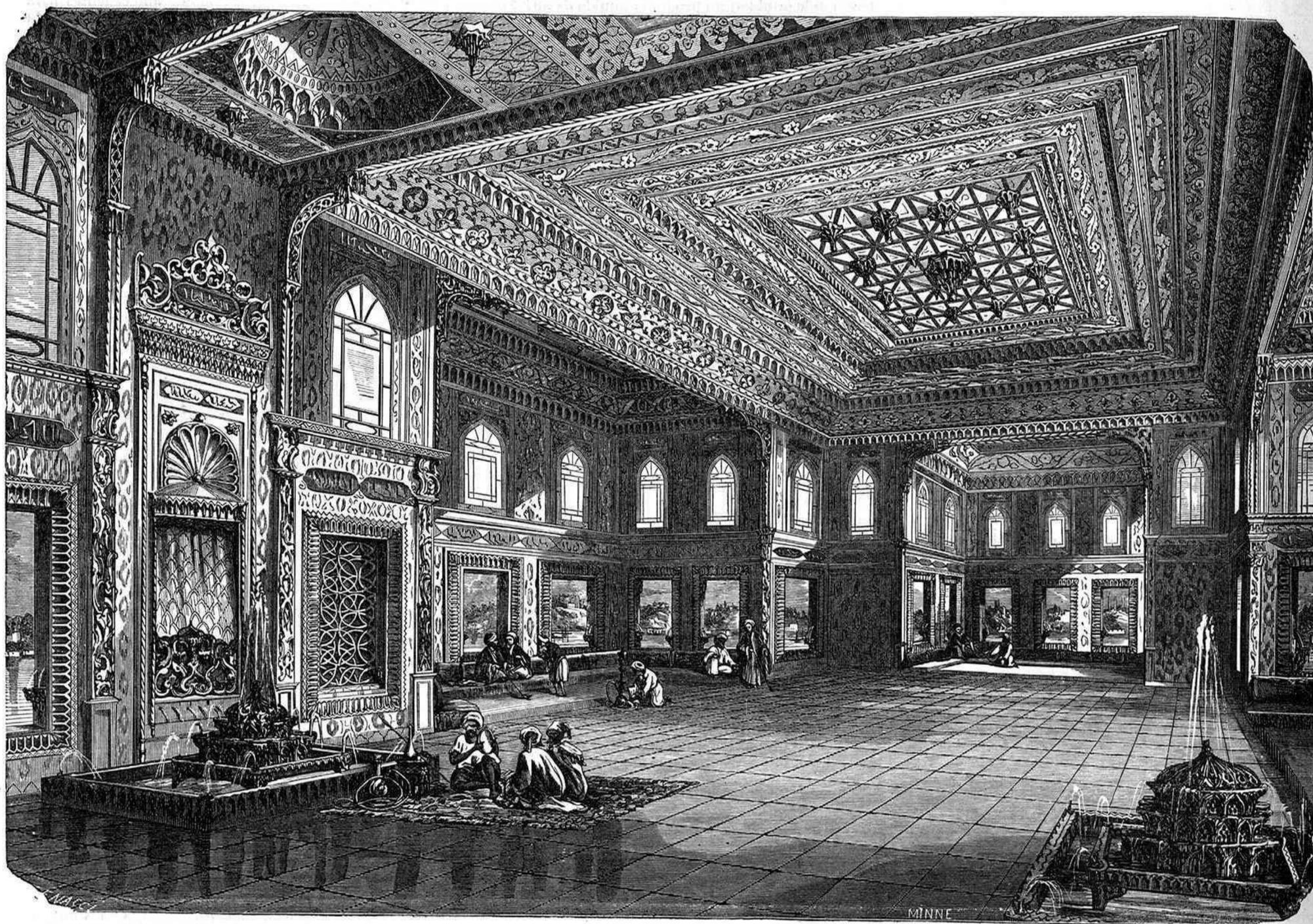
no tardaría en reinar por sí mismo. Ya el poder le embriagaba, y le gustaba presentarse al pueblo con el soberbio aparato de los sultanes. Un viajero de aquella época, que encontró á su paso al padischá al ir á la mezquita de Santa Sofía, dijo con entusiasmo: «La mas bella odalisca no podría disputarle el premio de la belleza; tiene los ojos negros, los labios rojos y una tez admirable; su estatura es alta y magestuosa, y toda su persona inspira admiración.

A pesar de estas ventajas exteriores, Osman no se

atrajo las simpatías de la multitud. Se manifestaba ya feroz, violento, inflexible, y el Serrallo entró muy pronto en la obediencia bajo su mano de hierro. Tenía severidades que hacían temblar á los antiguos bajás, y sembraban el terror en torno suyo. Tuvo un hijo antes de cumplir diez y seis años, y no aguardó á que un naciente bozo sombrease su labio para ponerse al frente del ejército. Por intrepidez ó por presunción, quiso mandar los trescientos mil hombres que enviaba á Polonia; pero después de una campaña sangrienta volvió

á Constantinopla vencido y casi fugitivo. Profundamente humillado por esta derrota, acusó á los genizaros de falta de valor, y concibió contra ellos un odio implacable. Desde entonces resolvió sin duda destruirlos, pero otro cuidado le distrajo de su propósito.

Habia en Constantinopla una joven, de elevada cuna, llamada Ashada. Si bien el harem del cheik-ul-islam, su padre, era un lugar inaccesible, se sabía que estaba dotada de tan singular belleza, que no había quizá otra que la igualase en todo el imperio. El padischá fue es-



SALON DE VERANO EN EL SERRALLO.

citado por el retrato que le hicieron de tan gran maravilla. Pidió al cheik-ul-islam que le trajese su hija. La bella Ashada respondió altivamente que el sublime emperador era dueño de su vida, pero que preferiría mil veces ser la mujer legítima del último de sus vasallos, á ser una de sus odaliscas. Este escrúpulo, extraño en una turca, irritó la pasión del sultan, y no vaciló en elevar á la clase de su mujer legítima á la ambiciosa joven. Esta fue conducida al Serrallo con el ceremonial que se acostumbra en los matrimonios musulmanes, y tomó inmediatamente el título de sultana.

Esta infracción de las leyes del Estado y de las costumbres de la casa otomana, sublevó el sentimiento público. Los bajás, cansados del yugo que sobre ellos tan duramente pesaba, se unieron á los genizaros descontentos. Se esparcieron noticias alarmantes, y luego circularon rumores de que el sultan Osman, próximo á abandonar el Serrallo de Constantinopla, iba á trasladar la corte de su imperio al gran Cairo. Entonces el pueblo crédulo empezó á agitarse y á hablar del sultan en términos poco decorosos. Al primer indicio de esta sedición el sultan había enviado á los mudos á estrangular á su hermano Mohamed. Muy cerca de treinta años hacia que ningún varón de sangre imperial había perecido de muerte violenta, y este acto de cruel prudencia acabó de hacer al sultan odioso. La revuelta se propagó como un incendio; los genizaros acometieron el Serrallo con espantosas amenazas, y sus agás, lejos de contenerles, marcharon con ellos. Osman no tenía en torno suyo mas

que la gente del Serrallo; opuso, sin embargo, una resistencia enérgica á sus enemigos, y no cayó en sus manos sino después de cuatro días de lucha. Los crueles genizaros le condujeron al castillo de las Siete Torres, colmándole de ultrajes y llevando delante de él en la punta de una pica la ensangrentada cabeza de su gran visir.

Cuando el sultan destronado hubo salido del Serrallo, el kishar-agá, que á la cabeza de sus eunucos negros custodiaba el departamento de las mujeres, se fué á visitar á Kirsem. La viuda de Achmet II se había quedado en el harem imperial en disposición de vigilar los acontecimientos. La muerte de Mohamed y la destitución de Osman, daban el imperio á su hijo mayor Murad, y sin embargo, cuando el kishar-agá la anunció esta gran noticia, la prudente mujer respondió friamente: «todavía no»

No se engañaba. Los genizaros, dueños de la situación, buscaban en todas partes á Mustafá para elevarle al trono; un icoglan les enseñó su prisión, pero no pudieron penetrar en ella inmediatamente, porque la puerta se abría al harem, mansion inviolable hasta para soldados furiosos. A estos se ocurrió en fin quitar la cúpula de plomo que servía de techo á la torre, y tres genizaros, ágiles saltadores, bajaron á la cárcel, donde hallaron al pobre preso medio muerto y rezando con el Corán en las manos. Durante los desórdenes le habían olvidado, y estuvo cuatro días sin tomar alimento alguno. Los dos viejos y el eunuco ne-

gro estaban acurrucados en un rincón, próximos á exhalar el último aliento.

Mustafá fue sacado de la torre con cuerdas, y le condujeron al campamento que los genizaros habían formado cerca de la puerta de Andrinópolis, donde fue proclamado de nuevo, é inmediatamente nombró su gran visir á Darud-bajá, el cual había tenido la honra de casarse con una de las sultanas hijas de Achmet II y de la valideh. Algunos días después Darud-bajá se trasladó al castillo de las Siete Torres para llevar al desgraciado Osman la orden fatal, con cuyo objeto fue acompañado de los siniestros ejecutores. Osman pidió que le concediesen algunos instantes para prepararse á morir; pero en lugar de tomar una actitud de oración, se precipitó contra los mudos á fin de arrebatarles los cordones de seda que tenían dispuestos para estrangularle. Esta acción les obligó á servirse de sus armas. Escitados por Darud-bajá, degollaron á su víctima. Osman murió como en un campo de batalla, cubierto de heridas y bañado en su sangre. No había aun cumplido diez y ocho años.

Se sacó apresuradamente á la valideh del Serrallo viejo, pues solo ella sabía dirigir el espíritu débil del sultan é impedir que manifestase públicamente su locura. Era tal su habilidad y la vigilancia de que le rodeó, que en el mismo Serrallo se ignoró durante mucho tiempo que estuviese loco ó maniático. Toda la autoridad se hallaba concentrada en manos de la valideh y del gran visir, su yerno. Kirsem hubiera podido gozar de una

influencia inmensa, pero afectaba no tomar parte alguna en los negocios del Estado. Empeñada en hacerse olvidar, vivía en el aposento mas aislado del cuartel de las mujeres y no salía de él sino para ir á visitar á la valideh, á la cual no dejaba de manifestar el mayor respeto. Una conducta tan discreta la habia hecho conservar la confianza y la amistad de la valideh, la cual olvidaba que ella tambien habia vivido sumisa y arrodillada delante de la madre del padischá, pero que un dia se habia levantado de improviso y enviado á la Baffe al Serrallo viejo.

La tranquilidad no reinó, sin embargo, mucho tiempo en aquella mansion de borrascas. El gran visir Darud-bajá era audaz y ambicioso y capaz de todas las crueldades. Consideró que los hijos del sultan difunto eran niños todavía, y como el sultan Mustafá se hacia cada dia mas incapaz, concibió la idea de colocarse en su puesto. Su union con una sultana tan querida del padischá le parecia un título suficiente, y el poder que estaba ya ejerciendo un medio infalible para variar la dinastía. Con el fin de simplificar la situacion, obtuvo del sultan la orden de hacer estrangular á Murad, hijo mayor de Kirsem y heredero presunto del imperio. Este jóven príncipe tenia apenas diez años, pero estaba ya dotado de un carácter tan violento é intrépido que hacia sombra al gran visir. En esta ocasion no fueron los mudos los encargados del funesto oficio. Darud-bajá confió esta terrible mision al *capi-agá* (jefe de los porteros del Serrallo).

Cuando *capi-agá* se presentó con sus capigis, el jóven príncipe Murad, hijo de Kirsem, lejos de intimidarse, se puso furioso; sus gritos resonaron en todo el Serrallo; y luego pidió socorro desde su balcon, donde se habia refugiado; llamando con ademán de autoridad á todos los antiguos servidores de su padre. Esta resistencia de un niño de diez años, animó á los eunucos puestos á su servicio, los cuales dieron muerte al *capi-agá* y pusieron en fuga á los capigis.

Al saberse esta tentativa hubo una sublevacion general. Darud-bajá fue conducido á las Siete Torres y estrangulado en la misma sala en que Osman habia en su presencia exhalado el último suspiro. Su herencia inmensa fue recogida por el emperador. De esta herencia formaba parte un magnífico palacio de verano situado en el campo, mas allá de las Siete Torres. La valideh condujo allí á Mustafá, que se fastidiaba en los jardines deliciosos del Serrallo y cuya enfermedad de ánimo se habia agravado.

Reinaba en todas partes el désorden. Los génizaros,



MEYERBEER.

los spahis y toda la soldadesca en general oprimian y saqueaban al pueblo. Las calles de Constantinopla eran diariamente teatro de algun combate, y donde quiera se hallaba en vigor la ley del mas fuerte. Kirsem pensó entonces que habia llegado su ocasion oportuna. Mucho tiempo hacia que procuraba reunir á todos los que la habian servido en el tiempo de su grandeza. El cheik-ul-islam, que tenia que vengar la muerte de su yerno, la prestó su apoyo, y ella ganó tambien al gran visir Alí-bajá y á los agáes de los génizaros, y se la adhirieron en su mayor parte los bajaes descontentos. El gran visir convocó al *ayack-divan* (consejo en que es delibera en pie) en la mezquita del sultan Solima, y esta asamblea pronunció unánime la destitucion de Mustafá, fundando su sentencia en el fetva (decision) que acababa de pronunciar el cheik-ul-islam: «La ley del

profeta prohíbe obedecer á un insensato.»

El gran visir se trasladó inmediatamente al palacio de verano y tuvo el atrevimiento de comunicar al padischá la sentencia del *ayack-divan*. Mustafá le oyó sin manifestar la mas leve conmocion; pero la valideh se puso muy irritada; resolvió llevar sin demora á Mustafá á su capital, y á pesar de su moderacion ordinaria, dió la orden de estrangular al momento á Kirsem y al heredero presunto. Pero la prevision de Kirsem habia ya destituido al *kislar-agá*, siendo ella la que mandaba en el cuartel de las mujeres. Los eunucos volvieron á conducir, esta vez para siempre, á la valideh al Serrallo viejo, y Mustafá fue llevado de nuevo á su prision, donde eios de manifestarse disgustado, alababa á Dios y decia que él era un pobre dervis, nacido para vivir en la oscuridad.

Mientras de esta manera se gozaba en su desgracia, el hijo de Kirsem se trasladaba al *divan* sentado en un *soffre* cubierto de tisú que llevaban cuatros génizaros. Cuando se presentó, el cheik-ul-islam fue el que gritó primero: «¡Larga vida al sultan Murad! ¡que dure mil años su reinado!»

Toda la asamblea repitió las mismas exclamaciones, y desde el siguiente dia empezó Murad IV á recorrer las calles de Constantinopla, rodeado de todos los dignatarios del Serrallo. Era tan hermoso aquel jóven, que las mujeres se precipitaban á su paso con trasportes de admiracion y de alegría, gritando: «¡Viva nuestro padischá!»

Kirsem tomó el título de sultana valideh que tanto tiempo habia ambicionado, y gobernó con un poder absoluto durante algunos años, pero no siempre pudo reprimir la insolencia de los génizaros, las revueltas de los spahis y los désordenes del populacho que se exasperaba cuando habia escasez de trigo ó cuando algun santón fanático predicaba contra los vicios y la impiedad de los bajaes. Cuando los descontentos no cedían y habia peligro en enviar contra ellos las tropas que permanecían fieles, se les echaba por encima de los muros del Serrallo las cabezas que pedían; una vez exigieron treinta, y treinta se les dieron. Kirsem era la primera sultana que se habia mezclado directa y ostensiblemente en la política europea. La valideh, su antecesora, y la Baffe, madre de Mahomed III, no habian tomado parte mas que en la administracion del imperio. Trataba con los embajadores por el intermedio del gran visir, y asistía al consejo tapada con un velo. Su autoridad duró un poco menos que la minoría del sultan.

Murad IV, á la edad de quince años, obligó á la va-



LA CAJA DEL GOBIERNO.

ISLA DE FERNANDO POO.

FONDA Y CASINO.

lides á abandonar el poder y los turcos pudieron conocer bien pronto que tenían un terrible amo. Este adolescente era sombrío y cruel como un viejo tirano. El ardor guerrero que poseyó despues, se manifestó al principio por una actividad prodigiosa, y una afición decidida á los ejercicios violentos. Sin cesar hacia luchar y combatir á sus pajes, sus mudos y hasta sus bufones; los que habian dado los mas rudos golpes, y mostrado mas valor, recibian de su mano armas de gran precio, joyas y algunas veces los ricos trages con que él estaba vestido. Estaba prohibido bajo pena de muerte acercarse á los muros del Serrallo, y los buenos musulmanes no se atrevian á dirigir la vista á aquel lugar formidable. Aun en la actualidad se refiere en Constantinopla el siguiente rasgo de la sombría crueldad de Murad IV. Habia en sus jardines un kiosko desde el cual se descubria la mas bella perspectiva. El sultán iba allí á menudo complaciéndose en mirar su ciudad imperial con un excelente antejo de larga vista, que la república de Venecia le habia regalado. Un dia que paseaba así sus miradas por las alturas del arrabal de Pera, encontró en frente de su antejo un jóven que, apoyado en el balcon de una torrecilla y armado de un largo tubo parecido al que él tenia en la mano, parecia explorar el recinto del Serrallo. El sultán hizo un signo, dos bastandjis partieron al instante, y antes del anocheecer el malhadado curioso estaba colgado del balcon que le servia de observatorio.

(Se continuará.)

VIAJE AL AFRICA CENTRAL

Y Á LA ISLA DE FERNANDO POO.

EMBARQUE EN CÁDIZ.—LAS CANARIAS.—LANZAROTE.—FUERTE-VENTURA.—LAS PALMAS.—TENERIFE.—ASCENSION AL PICO DE TEYDE.—LA COSTA DE SENEGAMBIA.—EL BARCO DE ARGUINE.—RECUERDO DEL NAUFRAGIO DE «LA MEDUSA.»—SIERRA LEONA.—LA COSTA DEL GRANO Y DEL ORO.—CABO COSTA.—UN TORNADO.—REINO DE DAHOMEY.—LEGOS.—RIO BENIN.—LLEGADA Á FERNANDO POO.

I.

Voy á escribir una serie de artículos con las impresiones de mi viaje por el Africa central y de mi estancia durante tres años en las islas españolas del golfo de Guinea. Hablaré rápidamente de la historia de estas posesiones, de su situacion, de su importancia política y mercantil, de sus productos, tanto agrícolas como animales, y de los usos y costumbres de las razas que las habitan, que en tan largo período de tiempo me ha sido dado estudiar.

Nombrado por el gobierno de la reina administrador de todas las rentas de las posesiones españolas en el golfo de Guinea en el año de 1860, tuve que marchar á la isla de Fernando Poo, en donde se halla establecido su gobierno. El mal éxito de las tres primeras expediciones que para colonizar aquella region habia enviado la España, debido mas á la falta de preparativos y habitaciones que á su insalubre clima, hacia que de este pais corriesen aterradoras noticias. Así es que mi familia y mis amigos redoblaron su dolor al tener que separarse de mí, creyendo que marchaba á una muerte casi segura é inevitable; porque el Africa en aquellas costas y sus mares inmediatos están bajo una temperatura abrasadora y funesta para los que á ella no están acostumbrados, y mucho mas en las regiones comprendidas entre los ardientes trópicos de Cáncer y Capricornio á donde me llamaba mi destino.

Ni las razones ni las lágrimas quebrantaron mi resolución; persuadido estaba de que el hombre, en su cualidad de cosmopolita, vive en todas partes; los negros del fondo del Africa se aclimatan en España cuando se les ha traído, y en Madrid mismo habia yo visto educándose en el colegio del Rosario jóvenes de Fernando Poo. Así me resolví á vivir dos ó tres miserables años donde otros habian vivido y de donde habian vuelto despues de grandes enfermedades salvos y sanos como mis amigos el venerable dean de Puerto-Rico don Gerónimo de Usera, primer evangelizador de aquellas islas, y el presbítero don Miguel Martínez y Sanz, uno de los maestros de mi infancia, y tantos otros especialmente marinos que conocen los peligros de la mar y que impávidos se mecen en su buque durante la tempestad en una hamaca.

Muchas y muy antiguas preocupaciones hay acerca del Africa; se ha viajado sin aprension por la América cuando á dos pasos de nosotros teniamos el Africa que valia tanto como ella, á lo menos en sus costas, y donde no falta mas que un poco de valor para hacerla tan rica como cualquier pais del mundo, y un poco de buena voluntad y buen régimen para acostumbrarse á vivir bajo su cielo como bajo cualquier otro. No sin lágrimas, porque siempre se siente dejar el suelo de la patria donde quedan la familia, los amigos y todos los dulces recuerdos de la vida, entré el 16 de noviembre á bordo del vapor francés *Marrocaine* mandado por el capitán Mr. Gillerte.

A las seis y media de la tarde se levantó el ancla,

lanzó el vapor sus blancas y espesas columnas de humo y salió velozmente de Cádiz.

Colocado sobre la cubierta en la popa, mi vista no se separó de la poblacion, pareciendo á medida que me alejaba de su bahía, que se iba sepultando en las aguas aquella hermosa ciudad.

Era de noche y ya no se divisaba la tierra; empero percibíase todavia la luz de su faro, la que á las nueve de la noche se ocultó completamente á mis miradas.

Sintió entonces mi corazón lo que no se puede describir.

Un buque flotando en medio de los mares es la imagen del mundo material en medio del espacio; los grupos que instintivamente forman los pasajeros representan las naciones, y obsérvase en ellos la misma índole, las mismas simpatías, las mismas tendencias de los países diversos á que pertenecen.

El mar á la mañana siguiente se hallaba agitado por el Levante; olas como montañas combatian al *Marrocaine* que daban sobre habor haciendo andar al buque con su invisible fantástico atalaje de fuerza de 250 caballos con una velocísima carrera aumentada por el viento favorable que henchia sus velas. Caminábamos once millas por hora; era infernal el ruido de la hélice al romper las embravecidas olas, y la mayor parte de los viajeros se marearon. Yo me ví libre de este mal terrible, que parece arrancar á uno las entrañas y del que nadie se compadece porque no presenta el menor peligro. Al contrario, sentia mucha hambre, y el comer es un remedio en esta clase de enfermedad, que no lo es en realidad, así como el permanecer echado el mayor tiempo posible para no sentir mucho el movimiento producido por las olas, que le conmueve á uno y causa aquel gran mal estar. A esto se reducen todos los remedios para el mareo.

Como los viajeros todos se hallaban mareados, yo solo sostuve la conversacion con el capitán Gillerte con quien tomando el té pasé dulcemente las horas oyéndole contar sus curiosas expediciones á las islas de las Indias orientales.

A la mañana siguiente un serviola dió el grito de: ¡Tierra al Suroeste!... y á las siete estábamos en frente del continente africano. A las diez comenzamos á distinguir un ligero punto que agrandándose en el horizonte fue dibujando sucesivamente las casas y elevados minaretes de una ciudad morisca. Era Mazagan, ciudad del Estado de Marruecos, situada cerca de la embocadura del Morvea, edificada en 1500 por los portugueses, que la llamaron Castro-Reale. Los marroquíes se apoderaron de ella en 1762. Su puerto está fortificado con veinte y una piezas de artillería. Aproveché las horas que necesitaba el capitán del vapor para descargar sus mercancías, previo el permiso del jefe de aquella aduana que me consiguió Mr. Gillerte. La ciudad, como de unos 10,000 habitantes, es como todas las ciudades moriscas, con calles estrechas, tortuosas, sucias, hasta inmundas, revelando en su aspecto la ausencia total de toda policía urbana. Tiene algunas casas muy lindas y una plaza bastante regular en donde se halla la mezquita, cuyo exterior es del mas puro género árabe. Esto es lo único que me fue dado contemplar, porque su entrada está prohibida á todo infiel. Presencí, sin embargo, al medio día cómo el *muecín*, desde lo alto del minarete ó torre de la mezquita, llamaba con descompasados gritos á los sectarios del Islam á la oracion. Los moros no usan campanas en sus mezquitas, y suplen su sonido para llamar á los creyentes con la voz del *muecín*.

Visité el bazar de un judío que hablaba el español, como le hablan la mayor parte de los judíos en Marruecos, como procedentes de la espulsion de España. Mostróme sus mercancías que se componian de telas inglesas en su mayor parte, babuchas y hermosas pieles; y siguiendo la costumbre hebrea de pedir primero un alto precio y rebajarlo despues hasta no dejar salir sin el género al comprador, me dió en diez y seis duros una linda pipa por la que antes me habia pedido cincuenta. Era un hombre muy comunicativo; me presentó á su mujer y á su hija Raquel, jóven lindísima, cuyo bello rostro presentaba uno de esos hermosos tipos de las vírgenes de la Biblia con su airoso talle y pintoresco traje.

No fuí tan afortunado con las marroquíes, pues aunque ví dos cerca del palacio del cadí llevaban el rostro envuelto en unas especies de anchas vendas sin descubrir mas que los ojos; de modo que imposible me fue ver sus facciones ni juzgar de su talle por llevar un largo y ancho albornoz.

Con recelo recorrí casi todas las calles de la ciudad, aunque el jefe de la aduana me habia dado un acompañante y venia tambien conmigo un caballero inglés, que se dirigia á las Canarias. Todos los moros que encontramos en las calles llevaban consi o largas espinardas y nos miraban con el asombro y desconfianza con que se mira á un extranjero en los pueblos donde aun no ha brillado la civilizacion.

A las cuatro de la tarde volvimos al buque para continuar nuestra marcha. Caminaba el vapor con la celeridad de una flecha; el cielo se cubria de negras nubes, los relámpagos se sucedian con espantosa rapidez y todo nos hacia presagiar una de esas tormentas que son tan frecuentes en la costa africana. Era intensísimo el calor. Una ráfaga de viento arrojó la tempestad con inconce-

bible furia por encima del buque, que amainó las velas y se puso á la capa. La atmósfera se despejó completamente y nos dejó ver una nueva tierra apareciendo como una punta en el horizonte, cual una especie de pirámide de deslumbradora blancura, que se dibujaba á lo lejos sobre el azul de un cielo aun mas subido y que bañaba su base en las transparentes olas.

Era el pico de Tenerife, cuyo elevado y volcánico cono se divisaba á mas de veinte leguas de distancia. Con admiracion contemplaba aquel famoso pico, que rivaliza con las mas altas cimas del globo, y oia la esplicacion del capitán, de cómo aquella punta aguda en la apariencia terminaba, sin embargo, por un rellano en cuyo centro hay una sima que lanza de tiempo en tiempo masas de piedra con llamas y humo, cuando de todas partes del vapor se oyó gritar: ¡Tierra á estribor! (lado derecho del buque); ¡Tierra á babor! (lado izquierdo del buque).

Eran las seis de la mañana del dia 20, y en efecto, brotaban tierras del agua en todas direcciones: nos hallábamos en medio del archipiélago que forman las Islas Canarias, á quienes los antiguos dieron el hermoso nombre de *Afortunadas*. Veíanse allí revolotear millares de esos lindos pajarillos llamados *canarios* del nombre de las islas que habitan estas encantadoras avejillas, amarillos unos y verdes otros, cuyo canto es mas delicioso y variado hallándose en libertad: ¡pobres huéspedes de aquellos bosques de naranjos, á quienes de allí arrancan los europeos para dejarlos morir encerrados en la jaula y bajo un cielo demasiado frio para ellos!

Fondeamos en la rada de la ciudad de Arrecife, que es capital de la isla de Lanzarote. Su longitud es de diez leguas, su anchura de cinco, y veinte y cuatro su periferia. Es la isla del grupo de las Canarias mas occidental y cercana á España, y tiene inmediatos los cinco islotes desiertos de Graciosa, Roca, Infierno, Santa Clara y Alegranza, hallándose separada por un estrecho de Fuerteventura. Compónese de siete pueblos y treinta caseríos, siendo su poblacion de unas diez y seis mil almas. A las diez saltamos á tierra y recorri la ciudad, cuyas calles se hallaban limpias y aseadas. Tiene una iglesia de buena construccion, aunque de una sola nave, y hallanse en su interior muy buenos altares, especialmente el mayor. Los naturales del pais usan para los trasportes, en vez de mulas y caballos, camellos, y en las seis horas que permanecemos en tierra, mientras el vapor descargaba sus mercancías y recogia otras nuevas, pasaron de quinientos los que ví, guiados algunos con la mayor soltura y facilidad por niños menores de ocho años. La isla de Lanzarote ha sufrido mucho á causa de los volcanes, de los cuales se mostraron tres vivos en 1824, inundando con su lava la tercera parte del terreno. De vez en cuando se repiten las erupciones.

Quisimos ver los dos montes que llaman los naturales las *Tierras del fuego*.

Varios compañeros de viaje alquilamos unos camellos, único medio de transporte, y colocándonos cada tres en uno sobre cómodas jamuas, nos internamos una legua en la isla, tardando muy poco tiempo en recorrer esta distancia. Empezamos á subir la colina volcánica caminando sobre lava petrificada. En una de las grietas mefi el baston que llevaba, y á los dos segundos ardia. No podíamos pararnos porque el inmenso calor del suelo abrasaba nuestros pies. Llegamos hasta el término á donde prudentemente nos dijo nuestro guía podíamos llegar; y aunque un inglés que venia con nosotros quiso avanzar mas, no se lo permitimos, y tal vez él mismo se alegró de ello al escuchar las lúgubres historias de los temerarios que habian osado acercarse al cráter de los volcanes, historias verdaderas ó falsas de que tienen gran provision los guías de los viajeros en todos los países del mundo.

Volvimos al vapor, que á las seis y media emprendió su marcha navegando á toda fuerza de máquina sobre una mar bonancible y con una hermosa luna, que al pasar el estrecho que separa á Lanzarote de Fuerteventura, nos dejó contemplar esta isla, la mayor de las Canarias, despues de la de Tenerife.

En el brazo de mar interpuesto entre Fuerteventura y Lanzarote, que se conoce con la denominacion de Bocaína, se halla la pequeña isla de los Lobos, siendo indudable que algun tiempo debieron estar unidas ambas, y que por efecto de alguno de los cataclismos volcánicos, tan frecuentes en aquellas regiones, debieron separarse, formándose dos islas de lo que en otro tiempo debió de ser una sola.

Al dia siguiente 21 llegamos á las diez á las Palmas, capital de la Gran Canaria, célebre por sus vinos y notable porque uno de sus picos, formado de prismas basálticos, producto de tierras volcánicas, figura á lo lejos un grupo de niños, de donde le ha venido el nombre de Roca de los Muchachos. A nueve leguas de allí está la Gomera, otra de las Islas Canarias, donde Colon, al marchar á descubrir la América, hizo reparar sus carabelas en 1492. Mas allá, á doce leguas de distancia, se ve la isla de Hierro, la mas pequeña del grupo, empero una de las mas célebres desde que el cardenal Richelieu, ese gran ministro de Luis XIII, habiendo reunido los principales astrónomos del Observatorio, hizo decidir la colocacion allí del meridiano y que los franceses lo tomasen por punto de partida de la longitud terrestre en direccion á Oriente.

En medio de estas islas, que aunque son doce, como muchas de ellas están volcanizadas, solo siete son de importancia, está la capital de la Gran Canaria, las Palmas, si bien la verdadera reina de estas islas es hoy Santa Cruz de Tenerife.

Permanecimos todo el día 21 en la ciudad de las Palmas, ciudad grande de siete mil ochocientos vecinos, con buenas y aseadas calles, dos hermosos paseos, un gran teatro, casino, tres iglesias y una bella catedral, cuyo altar mayor es todo de plata, que recrea la vista del viajero. Las columnas de aquel hermoso templo tienen la forma de esbeltas palmeras, comprimiendo su techumbre el enlace de las ramas de las palmas unas con otras. Las mujeres de la Gran Canaria usan de unos mantos blancos que rebozan al cuello con cierto aire de coquetería que aumenta la gracia de sus espresivos y morenos rostros.

(Se continuará.)

JARRON OFRECIDO AL SEÑOR OLOZAGA.

En el banquete del día 3, de que hablamos en otro lugar, se presentó el jarron regalado al señor Olózaga por el partido progresista, en muestra de la satisfacción que produjeron en este partido los dos grandes discursos pronunciados por el elocuente orador en las sesiones del 11 y 12 de diciembre de 1861, en el Congreso de Diputados.

El jarron está ejecutado con arreglo al dibujo del señor Urrabieta. Forman el pie tres monstruos de figura humana y cola de serpiente, humillados por tres genios, que según la idea del autor, representan el Despotismo vencido por la Libertad. En el centro se eleva un mudete con tres carteles, y en ellas con letras de esmalte negro se leen tres inscripciones:

- 1.^a Constitución de 1812.
- 2.^a Constitución de 1837.
- 3.^a Ley de relaciones entre los cuerpos colegisladores.

Sobre este mudete descansa el cuerpo principal del jarron con otras dos grandes cartelas. En la una están inscritas en letras de oro varias palabras finales que dicen ser del discurso pronunciado por el señor Olózaga, en la sesión del 13 de diciembre. En la otra se lee la inscripción siguiente:

Al eminente orador del parlamento español, don Sabustiano de Olózaga, por sus discursos en las sesiones de 11 y 12 de diciembre de 1861, el partido progresista.

A los lados de la primera cartela y sobre el arranque del cuello del jarron, hay dos figuras que representan la HISTORIA y el TIEMPO. La HISTORIA ofrece al Tiempo una corona de laurel de oro, la cual viene á estar suspendida sobre el párrafo del discurso; y según parece, significa que la Historia encomienda al Tiempo la gloria del programa liberal consignado en aquel.

A los lados de la otra cartela hay dos figuras, la LEGISLACION y la PROSPERIDAD, y en el centro otras dos, que representan la TAQUIGRAFIA y la IMPRENTA, el arte de Martí y el de Gutenberg.

Por último, debajo del cuerpo del jarron, hay cuatro bajo-relieves que representan á Olózaga en cuatro posiciones distintas hablando en el foro; fugándose de la cárcel, en 1831; concurrendo armado á la defensa de Madrid en 1837, y usando de la palabra en el Congreso.

Esta obra artística nos parece bella y de un gran trabajo. Sin embargo, se regala al señor Olózaga el jarron en memoria de sus brillantes discursos del 11 y 12 de diciembre de 1861; y ni una palabra se pone de estos discursos y en cambio se copia un párrafo del pronunciado el 13. O hay una equivocación en la relación publicada, y esas palabras no fueron dichas el 13, ó no sabemos qué pensar de quien para recordar lo que se ha dicho un día dado, copia lo que se dijo al siguiente.

MEYERBEER.

El mundo musical está de luto por la muerte del ilustre compositor, recientemente acaecida en París. Aunque de avanzada edad, no se esperaba tan pronto este funesto acontecimiento. Meyerbeer nació en Berlín el 5 de setiembre de 1794. Desde la edad de cuatro años se manifestó por señales inequívocas su inteligencia artística. Un íntimo amigo de su familia (la familia Beer), llamado Meyer, le dejó entonces por su testamento un gran caudal, con la condición de que antepusiese á su nombre el de Meyer, y de este modo vino á llamarse Meyerbeer.

En 1800 el joven artista se hizo oír por primera vez en público con un éxito extraordinario; y á la edad de doce años había ya compuesto varios trozos de música para canto y piano. Anselmo Weber fue entonces su maestro de composición, al cual sucedió el abate Vogler, que tenía fama de ser el músico más profundo de Alemania: A la edad de diez y ocho años, Meyerbeer dió al teatro de Munich su primera obra: *La hija de Jefe*. Desde entonces la vida artística del ilustre autor del *Profeta* y de *Roberto el Diablo*, fue una serie de triun-

fos. Desde hace mucho tiempo había fijado su residencia en París, donde ha fallecido después de una brevísima enfermedad el 2 de mayo. Dícese que en sus últimos momentos espresó el deseo de que sus restos mortales fuesen enviados á Berlín, su patria.

FABULA.

EL LANCE DE HONOR.

Clavándole el espolon
Hirió un gallo montañés
En la pierna á un gallo inglés
De valiente corazón.
Al ver de su sangre un río
Por la una pierna corriendo,
«A mi honra,» dijo, «estoy viendo
Que hace falta un desafío.»

Y su sangre por lavar
A su enemigo retó,
Y no un río, sino un mar
De sangre agena vertió.

Limpiándose al fin la sien
Dijo: «¡mi honra es eterna!»
Pero vióse la otra pierna
Sucia de sangre también.
La sangre del enemigo
Su propia sangre no lava;
Aun le sirve de castigo:
Manchó lo que limpio estaba.

A. CAMPOS Y CARRERAS.

En el número inmediato daremos el artículo relativo á la colegiata de Bayona, que no ha podido entrar en el actual por la abundancia de materiales de urgente inserción.

El doctor Vry que ha hecho varios ensayos para aclimatar los árboles de la China en Java y en algunos otros puntos de la India, ha hablado en la Academia Real é Imperial de ciencias de Viena, acerca de los efectos del conocido veneno del *uppas* que presentó en estado de cristalización. Ha reconocido esta sustancia como un *glycosido* que dentro del estómago no es un veneno violento y acaso no es veneno de ningún modo, sino que su acción venenosa solo tiene efecto cuando esta sustancia se pone en contacto inmediato con la sangre. Lo que se cuenta acerca de la atmósfera venenosa del árbol del *uppas*, el doctor Vry lo considera como una mera fábula.

El 3 de enero de este año á medio día, se observó en Kaudersteg, en el canton de Berna, hacia la region de las nieves perpetuas, un fenómeno óptico sumamente notable. Desde el Doldenhorn hasta el Altels se formó un arco muy grande en figura de arco iris; sobre éste se formó un segundo arco, desde el Freundhorn hasta el Gellhorn y ambos tenían en sus cimas parte de otros arcos no completos que se dirigían hacia arriba. En todos ellos se veían perfectamente los siete colores prismáticos. Los físicos consideraron este fenómeno como semejante á esa corona que muchas veces rodea al sol, de la que tanto hablan los exploradores de las regiones polares, y cuyo origen se busca en los carámbanos que flotan en el aire. Este fenómeno es una prueba de la exactitud de esta hipótesis, pues únicamente está producido por los llamados *guxetes*, los cuales no son mas que los remolinos que forma el viento con la parte cristalina de las nieves perpetuas.

ALONSO DE MOAR.

—Nessun maggior dolore,
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria;—

(DANTE.—*Divina Comedia*. C. V. In *ferno*.)

La mayor cuya, que aver
Puede ningún amador,
Es membrarse del pla er
En el tiempo del dolor.

(MACIAS.—*El marqués de Santillana*).

I.

Acorta el paso, lector, deten la vista, clava en estos renglones tus ojos distraídos, y no atiendas al nombre, modesto y oscuro en la república literaria, de su desconocido autor; el cual, movido de constante y pacientísima resolución, sin que la frialdad de los amigos le retraiga, ni la indiferencia de los literatos le acobarde, trata de conversar contigo breves instantes, haciéndote concurrir, como mero espectador por supuesto, á un suceso de escasa importancia, si se atiende á la modestísima representación de las personas que en él hacen viso, pero que tal vez te interese y haga tomar parte con afi-

cionada voluntad en las penas y dolores de hombres, como tú de carne y hueso, cual tú dotados de alma inmortal y corazón sensible.

Y pues ya te tengo sujeto y atado al carro de mi cuento, habrás de perdonarme el que dé aquí por terminado el exordio, evitando el tropezar y caer en la afectada hinchazón de oradores y escritores noveles, cuando se dirigen al público.

Erase una mañana de julio, y poco después de amanecer.

Desgraciadamente, no tengo á mano puertas ni ventanas para hacer que á ellas se asome la Aurora, cosa que siento por tí, lector del alma, y por mí también. Por tí, primero, pues acostumbrado á la estereotipada descripción del amanecer, contabas con la consabida sonrisa del alba, el imprescindible gorjeo de los pintados pajarillos, y media docena de repeticiones por el estilo, que de mano en mano han venido desde nuestros vigésimos ó cuadragésimos abuelos hasta nuestros días. Igualmente lo siento por mí, pues temo, no sin fundamento, que has de mirar, por lo menos con extrañeza, el que no te presente la Aurora en deslumbrante carro, lloviendo flores y aljófar sobre la tierra, con todas las demás gracias y habilidades que tantos poetas y escritores, perezosos como verdaderos escritores y poetas, la han colgado, sin mas razón que la de no querer levantarse ellos temprano, y pintar lo que ante sus ojos tenían, en vez de repetir la eterna y monotonía cantinela de griegos y latinos.

Diré, pues, sencillamente, lo que ocurría al comenzar el suceso, origen de mi cuento.

Cenicienta y uniforme nube entoldaba el cielo; al través de su cóncava estension penetraba igual y dulcísima luz, que desde las cumbres de los montes circunvecinos bajaba por los suaves declives, cual madre que acaricia tierna y cariñosamente á sus hijos, iluminando pinares, prados, viñas, castañares y robledales, hasta llegar á lo más hondo y remoto de un hermosísimo valle. Exceptuando el color amarillento claro de una carretera, que culebreaba por aquellos campos hasta desaparecer más allá de un estenso pinar, el color verde, con diferentes visos más ó menos subidos, era general en el paisaje, pues hasta las casas estaban medio ocultas entre bosquecillos de castaños, y tenían á menudo las mismas paredes revestidas de yerba. Blando y amoroso como la luz era el ambiente, impregnado de suave fragancia de madreselva y flor del tojo. Parecía el estenso valle, mas bien anchísimo vaso de labios bajos y abiertos, que no lo que á menudo suele llamarse valle, esto es, alguna estrecha cañada, ó tal cual profundo abismo, sin luz ni fácil salida, con lo que tenía todas las ventajas de las tierras montañosas, sin sus inconvenientes. Resguardaban las laderas de los cerros del Norte las esparcidas casas de una parroquia, cuya iglesia levantaba su blanca fachada resaltando entre el oscuro verdor de los castaños, que en parte la rodeaban, y bajaban luego las casas por ribazos y costaneras, casi ocultas entre los árboles hasta lo más hondo del valle. Mas allá de los maizales y pinares, se veía la blanca fachada de otra parroquia, semejante á la primera, y aun más lejos se divisaba otra, si bien á duras penas, pues la vagabunda y juguetona niebla la envolvía y casi ocultaba á la vista; el horizonte por todas partes se presentaba como borroso, por decirlo así, y las cumbres de los montes desaparecían entre las nubes.

No vayas á creer, lector, que estamos en Flandes ó Suiza; en virtud de lo cual, ya tienes las palmas en alto y dispuestas á aplaudir y alabar lo que no es tuyo: modera tus ímpetus, sábetelo que para ver el hermoso valle de que te acabo de hablar, no tienes necesidad de salir de España. Basta únicamente con que te dignes dar una vuelta por Galicia, en donde hallarás infinitos por el estilo.

Caminaba yo por la carretera, humedecida con el fresco rocío de la mañana, cuyas gotas brillaban como diamantes entre la yerba de ambas cunetas ó zanjillas á derecha é izquierda, en las hojas de las zarzamoras que cerraban las heredades, y en las de los castaños y frutales que por encima de los setos descollaban. No era mi prisa muy grande, pero aunque lo fuese, nunca habría dejado de detenerme á contemplar el ameno y hermoso campo que cada revuelta del camino me presentaba con distinto y siempre agradabilísimo aspecto.

Proponíame visitar y presentarme, por la primera vez de mi vida, ante un pariente mío bastante próximo, que vivía en el campo; pero no me atrevía á salir fuera del camino real, hasta preguntar á alguno por el de Sada, en el cual estaba la casa de mi pariente. Solo se veía por allí cerca un niño como de seis años, rubio y colorado, el cual, á pesar de tener por todo vestido una camiseta abierta por el pecho y anchísimos pantalones, que casi desde los sobacos le llegaban á los descalzados pies, se hallaba sentado en el verde ribazo de la cuneta, y de espaldas al seto de una heredad, comiendo una patata cocida, con tan sosegado reposo y saboreándola más á gusto que si fuera un succulento *bee-steak*. No pude menos de detenerme á contemplar con envidia tanta tranquilidad y buen apetito, y creyendo que el niño podría indicarme el camino, iba ya á preguntársele, cuando se presentó un guardia civil, el cual, después de saludarme cortésmente, preguntó por sus padres al niño.



JARRON OFRECIDO AL SEÑOR OLÓZAGA.

—Están buenos, dijo éste. El guardia se detuvo un momento, miró por encima del seto, dando un suspiro, alzó del suelo el fusil, en el que se había apoyado, al hablar cariñosamente al niño, y echando el arma al hombro, se dispuso á seguir adelante.

—¿Me podría usted decir cuál es el camino de Sada? pregunté yo al guardia.

—Por varias partes puede usted ir, me contestó; pero si no tiene reparo en decirme fijamente si vá á Sada ó á sus inmediaciones, le podré enseñar entonces el mejor camino.

—No tengo ningun inconveniente; voy á casa de don Pedro N.

—¡Ah! pues entonces, véngase usted conmigo.

—¿Va usted tambien hácia allá?

—No, pero desde el camino real se ve la casa del señor don Pedro.

—Pues vamos andando.

—Adios rapacín, dijo el guardia al niño, el cual hasta que nos separamos de él, no bajó la mano que desde el principio habia tenido á la altura de las cejas, como quitándose el sol.

El guardia caminaba á mi lado con marcial continente, y yo miraba con respeto los galones de su brazo, que indicaban ya infinitos años de servicio; y el rostro, curtido por la inclemencia de las estaciones y de aspecto verdaderamente varonil y militar; llevaba el tricorno ligeramente echado adelante y ladeado, con el porte propio de soldado viejo; eran sus mejillas encendidas y prominentes, azules los ojos, entrecano el ancho bigote, y la barba, huesosa y bien dibujada, servia de digno remate á la mandíbula inferior, un tanto prolongada y saliente, señal de firmeza é inquebrantable constancia.

—¿Lleva usted alguna comision? pregunté á mi compañero, deseando entablar conversacion con él, y ver de averiguar la causa del suspiro que habia dado al preguntar al niño por sus padres.

—No, señor, me contestó, como sargento tengo obligacion de ir hoy á este puesto, mañana al otro; segun—vigilando para que nadie falte á su deber.

—Perdone usted; pues solo habia puesto la vista en los galones que lleva en señal de veterano, mas no en los de sargento. ¿Y viene usted de la Coruña?

—No, señor, vengo de Iñas, en donde hay una pareja de guardias, y voy á Betanzos, que es donde resido, por mi destino. Pero, sea dicho con perdon, se me figura que es usted nuevo en esta tierra.

—No soy muy antiguo, repliqué sonriéndome.

—Quiero decir, que hace poco que vivo en Galicia. Siguió andando el guardia á mi lado unos cuantos pasos, y por último, me dijo:

—Vá usted á casa del hombre mas bueno que come pan.

—En efecto, don Pedro, es muy hombre de bien. Aquí, donde usted me ve, todavía no le conozco, y eso, que soy sobrino suyo.

El guardia se cuadró, y me dijo:—Don Pedro y todos sus parientes son para mí cosa santa, y siguió andando.

—¿Y se podrá saber por qué tiene usted tanto cariño á mi tío?

—¡Ya lo creo que sí! ¿Sabe usted lo que hizo conmigo en la guerra civil? Pues ha de saber que fui herido en la accion de Rames: como los facciosos me habian dejado el cuerpo hecho una criba, pasaban meses y meses sin cerrármese las heridas, hasta que los físicos del hospital mandaron que me viniese á la tierra, en donde la variacion de aguas y alimentos haria mas que todas las medicinas y cirujanos del mundo. Diéronme licencia, y me vine hácia Galicia un pie tras otro: las dos primeras jornadas las anduve como Dios me dió á entender, mas la tercera, iba á ser tal vez la última de mi vida, pues estaba empeñado en seguir adelante, á pesar de no tener fuerzas para ello. Venia yo por el valle de Valdivieso, cuando al llegar al pie de la altísima y empinada cuesta de la Mazorra, caí desfallecido, quedándome sin ver, ni apenas oír. Entonces llegaron á emparejar conmigo un ginete y un peon: detuviéronse, y el ginete, que era oficial de artillería, se apeó, diciendo: ese infeliz se muere si le dejamos ahí solo. No está muy bueno, contestó el soldado, que era asistente.

Por último, viéndome sin fuerzas, hasta para hablar, me levantaron como pudieron, montándome en el caballo: hiciéronme tomar un corto refrigerio, y entonces pude dar las gracias á mi bienhechor, que era don Pedro N., dijo el guardia, casi cuadrándose delante de mí, como la vez primera.

—Vaya, veo que mi tío fue caritativo; pero tambien usted es agradecido.

—Yo, señor, no hago mas que cumplir con mi deber:

—Y dígame usted, ¿es usted casado ó soltero?

—Soltero, repuso el guardia con tristísimo semblante; soltero, y para siempre.

—Vamos, pues que ya nos conocemos, me va usted á explicar por qué me dice usted esas palabras con tanta tristeza.

—Su tío don Pedro se lo puede á usted contar mejor que yo.

—En nombre de mi tío, le ruego á usted que me lo cuente.

—No siga usted: en siendo en nombre de su tío, haré cuanto usted quiera.

Casi me daba pena el obligar al pobre guardia á contarme sus cuitas, pues en su rostro se conocia lo que estas le atormentaban, pero la curiosidad no tiene entrañas, y sin condolerme de las penas de mi compañero, le rogué que empezase. Detúvose este, y dando con la culata del fusil en tierra, me dijo:

—Todavía me quedan cerca de dos horas, y en mucho menos tiempo le puedo á usted contar la causa de mi tristeza. Me llamo Alonso de Moar, soy sargento de la Guardia Civil, y no teniendo ni la sombra de una mala nota, podia muy bien haberme casado, haciendo feliz á la única mujer á quien en mi vida he querido.

En fin, vaya todo por Dios, y en su nombre, y en el de su tío de usted, empiezo. En la casa que está detrás del seto, á cuyo pie ha visto usted al niño sentado, vivia un honrado matrimonio, rico, para lo que son los labradores de la tierra, y sin mas familia que una hija llamada Catalina. Era ésta, entonces, la mas garbada moza del contorno, blanca y encendida como una rosa, fresca como la brisa del mar que en este momento nos acaricia la cara, con un pelo castaño hermosísimo, y tan largo, que sus dos trenzas casi llegaban al suelo: añada usted á esto que la muchacha era hija única, con lo que escuso decir el infinito número de enamorados que Catalina tendria. Mas ésta no amaba á nadie sino á mí: nos queriamos desde niños, y nuestras familias, unidas tambien de toda la vida, tenian concertado nuestro casamiento. Pasaron dias, y caí yo quinto—no se me olvidará nunca la mañana en que me despedí de Catalina. Usted acaba de ver al niño; pues en el mismo sitio estaba ella llorando como una Magdalena, tapándose la cara con las manos, mientras la llegaban hasta el suelo aquellas hermosas trenzas, envidia de las demás paisanas y encanto de los hombres.—

Aquí el guardia se detuvo, miró atrás, y dirigiéndose hácia un pequeño recuesto, se encaramó en él, diciéndome:

—Siéntese usted aquí—que pronto acabo. No le quiero á usted cansar con nuestro floriqueo de chiquillos, pues yo tenia diez y ocho años y ella diez y seis; solo diré, que tuve que ir á presentarme á la Coruña, y cuando volví, al pasar en compañía de los demás, y entre soldados, delante de la casa de Catalina, estaba ésta cantando con tristísima y plañidera voz la siguiente copla:

Tocan o tambor n'a guerra,
Tócanlo destemperado;
Coitadiña d'a miniña
Que teñe o amor soldado.—

—Catalina, grité con toda mi voz, Catalina, adios.— Detrás del seto oí otro grito que me despedazó el corazón, y sin poderme contener me salí de la lila. Atrás, Maruxo, me dijo un sargento castellano, que venia á mi lado; mas como no le hacia caso, me derribó con la culata al suelo: caí llorando de ira y de desesperacion. Le aseguro á usted, señor, que siempre que veo llorar á algun quinto, me acuerdo de Catalina, y lejos de maltratarle, hago por él cuanto está en mi mano; ¿quién sabe? ¡tal vez llora por la misma razon que yo aquel día! —Detúvose, mi buen Alonso de Moar, á quien ya iba yo tomando cariño, y por último prosiguió.

—Fuimos á la guerra, y como sabia leer y escribir, me hicieron en seguida cabo, con lo que á no ser herido en Rames, en Aragon hubiera ganado los galones de sargento, y tal vez la charretera de alférez. Volví, pues, á la tierra de la manera que usted ya sabe, pues su tío de usted don Pedro, vino mas de la mitad del tiempo á pie, por que yo pudiese llegar á Galicia.

—No, lo que es eso, no lo olvidaré jamás.—Vine á mi casa, y hallé que habia muerto la madre de mi futura, quedando solo su anciano padre, Anton de Valdomir, que así se llamaba. Despues de abrazar á mis padres, acudí á ver á Catalina. Usted habrá amado alguna vez: pues entonces, escuso decirle lo que sentí al verme de nuevo al lado de mi hermosísima novia.

(Se continuará.)

FERNANDO FULGOSIO.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD.
IMPRESA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.